

ANTROPOLOGÍA PERIFÉRICA. LOS MÁRGENES ACADÉMICOS COMO UN ESPACIO EPISTEMOLÓGICO

PERIPHERAL ANTHROPOLOGY. ACADEMIC MARGINS AS AN EPISTEMOLOGICAL SPACE

Francisco Martínez *

Recibido: 07/10/2020 • Aceptado: 23/11/2020

Doi: <https://dx.doi.org/10.6018/rmu/449291>

Publicado bajo licencia CC BY-SA

Resumen

Desde Estonia, un país situado en la periferia de Europa (y donde la Antropología tiene una tradición limitada), el artículo analiza lo que significa ser 'periférico' dentro de la antropología europea: ¿Hablamos de relevancia, capacitación, tipo de colaboraciones, restricciones disciplinarias, relación de dependencia, mecanismos de in/visibilidad, reputación científica o de financiación? El artículo concluye con una nota positiva, indicando que los márgenes globales del conocimiento también se pueden convertir en centros de producción teórica a su manera, sea como plataforma de experimentación o como *hub* regional. También indica que hay una forma distinta de reflexividad en las periferias, más vernácula y experimental.

Palabras clave

Antropología europea, Antropología periférica, producción de conocimiento, márgenes disciplinarios, infraestructuras para la investigación.

Abstract

From Estonia, a country located on the periphery of Europe (and where Anthropology has a limited tradition, the article analyzes what it means to be 'peripheral' within European anthropology: Are we talking about relevance, training, type of collaborations, disciplinary restrictions, dependency relationship, mechanisms of in/visibility, scientific reputation or funding? The article concludes on a positive note, stating that the global peripheries of knowledge can also become centers of knowledge production in their own way, either as a platform for experimentation or as a regional hub. Also that there is a different form of reflexivity in the peripheries, more vernacular and experimental.

Key words

European Anthropology, Peripheral Anthropology, knowledge production, disciplinary borders, research infrastructures.

Universidad de Tallin. Escuela de Humanidades. Email: fran@tlu.ee

1. SI ME DAS A ELEGIR...

«Vosotros en España queréis votar a un partido comunista porque no habéis sufrido lo que el comunismo es en realidad», me dijo Luule, mi suegra, a principios de 2015 cuando ella veía las noticias en televisión. Yo estaba en otra habitación cenando, pero Luule insistió para asegurarse de que escuchaba su comentario, iba a ver las noticias con ella, y reafirmaba su postura política. La televisión informaba de una manifestación organizada por el –entonces nuevo– partido de izquierdas *Podemos*, el cuál acaparaba los focos mediáticos con su discurso crítico de las instituciones públicas en España y las consecuencias de la crisis.

Y allí estaba yo, frente a la televisión y sin saber qué responder exactamente. De alguna manera yo tenía simpatía por un partido compuesto por gente de mi generación que criticaba con un discurso fresco y substancial el sistema político creado en la transición española. Sin embargo, yo llevaba viviendo fuera una docena de años y, aun más importante, sabía que a mi suegra no le haría ninguna gracia *descubrir* que había un «comunista» en la familia. El comentario de Luule dejaba claro cómo el comunismo sigue políticamente *infectado* en Estonia. Además, Luule distinguía entre «el tiempo ruso» y «el tiempo estonio», dejando claro que para ella la herencia del pasado soviético no era parte de una realidad temporal actual, sino una especie de residuo y suciedad que había que limpiar, o dejar que se pudriese.

En España la transición de los setenta había sido diferente. La legitimidad de la nueva democracia provenía directamente de instituciones y políticos del régimen dictatorial, los cuáles fueron reciclados, o simplemente dejados sin juzgar, con base en el llamado pacto de silencio en La Moncloa. En Estonia, la ruptura discursiva con el pasado reciente fue abrupta y generadora de un nuevo orden de valor. Al mismo tiempo, la legitimidad de la nueva democracia se basaba en la previa independencia del país en el periodo de Entreguerras, mientras que en España las experiencias democráticas de antaño eran ignoradas para no despertar rencillas alrededor de la guerra civil. Luego, si la integración en Europa fue en España utilizada como justificación para no mirar atrás, en Estonia se presentó como una vuelta al pasado sobre la que reconstruir la identidad actual.

Por entonces, Luule no sabía que yo escribía una tesis sobre la materialidad de la memoria y la reparación cotidiana del pasado en Estonia. Por lo tanto, no podía imaginar que utilizaría sus comentarios para ilustrar el descrédito de las ideas socialistas en su país, su particular distanciamiento y reinterpretación del pasado soviético, y la paradójica instrumentalización de

la experiencia comunista como un capital simbólico que poner sobre la mesa. Para Luule, yo sólo era el novio español de su hija. Nuestro diálogo también muestra las complicaciones que yo he tenido en la elaboración de mi trabajo de campo *en casa*, por ejemplo, en aspectos de confidencialidad, ética profesional, y también definición de qué es trabajo de campo y qué es mi vida privada. En Estonia, yo estaba rodeado por el tema de mi investigación (la cultura material del postsocialismo), desayunando con él, sufriendolo, pidiéndole favores, y también cocinando y bebiendo un vaso de vino juntos.

El estar continuamente presente en tu campo de estudio permite construir una confianza e intimidad particular con los sujetos que estudias, socializándote con ellos en momentos y circunstancias muy diversas, a través de encuentros inesperados y de medias conversaciones, por ejemplo. Como observa el antropólogo Michael Jackson (2005), hay factores en las sociedades en las que el etnógrafo desarrolla su trabajo de campo que acaban por determinar el resultado de la investigación y que al principio eran totalmente imprevisibles, o irrelevantes. Esta experiencia también ha sido parte del desafío de realizar trabajo de campo en casa, describiendo y produciendo relaciones simultáneamente, lo que requiere un ejercicio de desaprendizaje, doble visión y desmantelación parcial de la identidad del investigador (Okely, 1996).

El ejercicio de investigar en un contexto de hiperfamiliaridad requiere una forma más orgánica de apertura, así como mantener mecanismos de reflexividad continuamente activados. En mi caso, vivir nueve años en Estonia ha sido crucial para identificar preguntas y acceder los órdenes de valor cotidianos de la gente local (con complejidades generacionales y étnicas). Otro condicionante en mi trabajo de campo (el cuál trataré más adelante) es el estar afiliado a una universidad estonia. Luego, y aunque suene paradójico, también es importante la desconexión mental que ir una vez al año a España te permite, además del bagaje personal y profesional que me hace tener apego y conocimiento de múltiples lugares simultáneamente.

¿Pero la referida deslocalización cultural es *per se* positiva o negativa? Lector de Dostoyevsky, Jackson sostiene que separación y sufrimiento personal desarrollan nuestra capacidad de entendimiento por tener que reinventar lo que sabes, eres y tienes. Al mismo tiempo, la separación y reinsertión en una nueva sociedad da acceso a una posición de presencia sin pertenencia. Es decir, de participar sin ser totalmente parte de la comunidad, como Georg Simmel definía la figura del extraño (1987). Como añade, el extraño juega un importante papel reflexivo en cualquier comunidad, apareciendo simultáneamente

dentro y fuera de un grupo, alterando las relaciones sociales a través de una configuración particular de cercanía y distancia, apego y desapego. Por ejemplo, me ha pasado varias veces en Estonia que compañeros locales me dicen «tú puedes decir eso porque no eres estonio».

El estudio de lo periférico requiere pues de complejas oscilaciones entre proximidad y distanciamiento, y autorreflexión crítica del ejercicio. Pero dicha oscilación es a la vez resultado y dinamo de mi trabajo como antropólogo. Con esto lo que quiero afirmar es que nuestro trabajo de campo está también influenciado por la vida cotidiana que llevamos, nuestra afiliación institucional y el tipo de relaciones que establecemos más allá de los muros de la universidad.

Tanto la aportación como la limitación de la antropología es estar observar la vida cotidiana de la gente en base a trabajo de campo, tradicionalmente hecho en un lugar lejano: lugar al que el etnógrafo iba por un periodo de tiempo determinado y aprendía a ser 'nativo' (Sarró y Pedroso de Lima, 2006). Sin embargo, mi experiencia de trabajo de campo fue en un lugar del que no me iba, y en el que la separación estudio y vida no estaba tan marcada. También Akhil Gupta y James Ferguson (1998) cuestionan la idea de estar dentro y fuera del trabajo de campo. En su opinión, el campo de estudio está en todas partes cada vez más, y la diferencia no es el lugar geográfico en sí, sino la manera cómo exploramos los lugares política y epistemológicamente.

El moverme a Estonia ha sido una ventaja para mi investigación ya que me permitió vivir y trabajar en el lugar que investigaba, como inmersión total. Es decir, que los problemas y ventajas de ser un investigador del postsocialismo en Europa del este también iban a ser parte de mi trabajo de campo y de mis dificultades cotidianas. No obstante, yo no puedo decir que me haya convertido en un investigador estonio a pesar de haber hecho mi doctorado allí y haber vuelto a Tallin tras unos años de experiencia internacional, ya que mi trayectoria biográfica y ambiciones son diferentes de la de muchos compañeros estonios. Por ejemplo, en mi caso, el repensar mi posición en diferentes escalas ha sido crucial para establecer colaboraciones profesionales y también con personas no relacionadas con la universidad. En otras palabras, el hecho de investigar periféricamente me ha exigido ser más experimental y cooperar más con gente de otras disciplinas, en parte debido al tamaño reducido de la comunidad académica, y también por reacciones defensivas de algunos colegas locales.

Reflexionando sobre las contradicciones de mi propia posición liminal, tanto en términos de ubicación geográfica como de disciplina, me siento como una especie de *doppel* marginal, acumulando de alguna manera diferen-

tes periferias. Curiosamente, un colega estonio observó, «no puedes decir que vienes de una periferia porque eres de España, un país grande». Sin embargo, yo no soy solo un visitante «de España» cuya afiliación y obligaciones están en otra parte, sino un investigador que estudia procesos postsocialistas en una universidad de Europa del Este. Además, España es un país grande, y cientos de millones de personas hablan español, pero la configuración actual de las jerarquías globales de producción de conocimiento se basa en factores como la capacidad de escribir y hablar inglés académico, así como publicar en revistas de ‘alto impacto’, más que en geopolítica o historia imperial (ver, por ejemplo, el caso de la academia rusa).

2. TRAYECTORIAS (Y JERARQUÍAS) EN LA PRODUCCIÓN DEL CONOCIMIENTO

El sociólogo Thomas Gieryn acuñó el término ‘trabajo de borderización’ (1983) para describir las prácticas discursivas mediante las cuales las autoridades epistémicas excluyen lo que es «pseudo» o «desviado» de la producción legítima de conocimiento científico. Como señaló Gieryn, el trabajo de borderización es parte del «concurso de credibilidad» académico con el propósito de establecer una autoridad epistémica. Otros investigadores después han vuelto a reflexionar cómo la hegemonía académica también se articula a través de la definición de los campos de investigación, los conceptos y métodos a aplicar, el idioma y los mecanismos de financiación, y no sólo por criterios objetivos (Bourdieu, 1988; Strathern, 2000; Schriewer, 2020). Por ejemplo, en 2014, un investigador local me invitó a presentarme a concurso en Tallin para acceder a un puesto de investigador pagado bien por encima de la media del salario estonio. Él era uno de los coordinadores de dicho proyecto financiado por la Unión Europea, y me informó que las tensiones postsocialistas en Estonia tenían que ser estrictamente estudiadas a través de las ideas de Bourdieu «porque hacen la investigación objetiva». Precisamente mostrando la falta de reflexividad que el sociólogo francés criticaba.

En general, cualquier discusión crítica sobre la circulación de ideas y la producción de conocimiento nos lleva a cuestiones políticas, siguiendo una lucha de posiciones por ganar influencia y poder *a la Gramsci*. Diferentes antropólogos han criticado que con demasiada frecuencia los casos de cooperación con investigadores occidentales se basan a que ellos se encargan de traer los conceptos y teorías a la periferia, mientras que los investigadores de Europa del Este tienen que aportar «el material». Por ejemplo, Hana Červinková (2005) y Katherine Verdery (2007) observan que entre occiden-

te y Europa del Este sólo ha habido una trayectoria en la circulación de ideas, ya sea porque la antropología que se hace en esta región no sigue completamente los estándares occidentales o porque los antropólogos del centro saben que ellos pueden ignorar lo que se hace en la periferia sin ninguna consecuencia para su carrera, y no viceversa.

Ciertamente, la crítica de centro y periferia del conocimiento no es nueva. Probablemente, la primera gran crítica de la dominación intelectual de Occidente fueron las teorías de Edward Said sobre Orientalismo (1978). Sin embargo, en Europa del Este encontramos nuevas particularidades. Por ejemplo, Merje Kuus (2004) y Maria Mälksoo (2006) hablan de una doble exclusión de la región a través de los marcos discursivos fabricados en occidente: por un lado, no aparece como postcolonial, pero tampoco como *mainstream*; por otro, no es totalmente europea, pero está en Europa. Para Boris Buden (2009), Europa del Este es tratada como *'queer'*, un tercer género fuente de anti-estructura y rareza. Además, Buden añade que el término *'postsocialismo'*, traído desde occidente a la región, tampoco ayuda, ya que implica convergencia y la necesidad de justificar su pertenencia cultural y política; lo cuál limita la capacidad de emancipación de estas sociedades. Kacper Pobłocki (2009), antropólogo polaco, también ha participado en el debate señalando que la dependencia se debe sobre todo a la actual mercantilización del conocimiento y capitalismo académico, más que a relaciones postcoloniales. En su opinión, también la universidad se ha convertido en un gran mercado global que nos exige promocionar nuestro trabajo y presentar nuestras ideas como superiores al resto. No obstante, añade que uno de los condicionantes del trabajo periférico es la lucha constante contra la discontinuidad intelectual.

También en Polonia, Michał Buchowski (2004) puntualiza que la actual dominación intelectual se basa en factores históricos, psicológicos y materiales, que llevan a investigadores europeos a tener una actitud patriarcal con sus homólogos postsocialistas. Como respuesta a estas críticas, Chris Hann (2005), director del Instituto Max Planck de Antropología social, asegura que los trabajos de investigadores de Europa del Este no son leídos porque carecen de la profundidad y sofisticación del estilo occidental. A lo cuál Buchowski (2005) cuestionó por qué los estándares tienen que venir siempre de Occidente. El debate público y acalorado entre Hann y Buchowski llevó a más discusiones, descritas por Hann como «una guerra fría académica».

¿Pero qué quería decir Hann con «al estilo occidental» (2005)? Según Hann el diferente estilo se debe a que la antropología en Europa del Este es nueva y tiene sus raíces en las tradiciones de etnología y folklorismo, más «estática, parroquial, nacionalista y limitada al trabajo empírico». En un artí-

culo posterior, Hann moderó sus argumentos, concluyendo que la combinación de antropología y etnología es «preferible a la actual bifurcación» (2012). No obstante, Hann insiste en que el estudio del postsocialismo necesita profundizar más en los diferentes sedimentos históricos y encontrar paralelismos con casos occidentales. Otras voces, como Narcis Tulbure (2009), confirman que la antropología de Europa occidental y del este tienen diferentes estilos, pero añaden que no necesariamente mejor o peor. Y añaden que los trabajos en sociedades post-socialistas prestan más atención a temas como memoria, consumo e identidad, basados en la experiencia local. En este sentido, antropología tendría parte de las respuestas sobre una problemática que ha contribuido a crear, ya que su práctica y posicionamiento se encuentra en los intersticios de escalas, lugares y culturas, cuestionando representaciones y construcciones identitarias. En esta línea, László Kürti y Peter Skalník (2013) diferencian entre prácticas indígenas y extranjeras, y critican una supuesta estrategia occidental de marginalización a través de la regionalización. Además, Kürti y Skalník añaden que los antropólogos nativos preguntan cuestiones diferentes porque conocen más los detalles de sus sociedades.

Sin embargo, como Kathrin Hörschelmann y Alison Stenning apuntan (2008), la situación es más ambivalente. Si por un lado investigadores nativos tienen acceso a esferas cerradas para occidentales y una perspectiva más rica sobre las estructuras locales, también son reconocidos y encuadrados en redes de pertenencia y dependencia con más facilidad. Por otra parte, Červinková (2012) recuerda que existen diferencias epistemológicas entre las teorías de postcolonialismo y postsocialismo, ya que la primera fue el producto de críticas indígenas, dentro de un proyecto de emancipación, mientras que las teorías de postsocialismo llegaron desde occidente para integrar a las sociedades postcomunistas.

¿Pero es posible utilizar la marginalidad de forma pragmática o utilitarista, aprovechándonos de dicha categorización? Por ejemplo, en 2014 me invitaron a participar en un taller sobre movilidad en Europa del este, coordinado y financiado por los amables investigadores austriacos Michael Zinganel and Michael Hieslmair. Como ellos mismos reconocieron durante el evento, «elegimos Bulgaria y Estonia por razones geográficas y porque están en el margen de la europeización». Dicha explicación me hizo pensar si es ciertamente así o una cuestión de perspectiva. En mi caso, investigando las transformaciones postsocialistas y viviendo en una sociedad postsoviética, estas reflexiones sobre las jerarquías de conocimiento se volvieron cotidianas. Así, cuando he participado en conferencias internacionales y he dicho que trabajo para la Universidad de Tallin la reacción de mis interlocutores ha sido muy

diferente que cuando dije que estaba en Helsinki, Humboldt o Leicester, mostrando diferentes expresiones de interés o arrogancia, e incluso dando a entender el mensaje de «¿Quién te invitó a esta fiesta?» (Di Giacomo, 1997).

Aun así, durante tiempo en Tallin también tuve la suerte de participar en diversos eventos basados en una relación horizontal y abierta por parte de investigadores occidentales. Además, estoy de acuerdo con Hann en que si hay una disciplina que ayuda a superar las jerarquías de conocimiento es la Antropología. La Antropología tiene una ventaja sobre otras disciplinas: nuestra indisciplina histórica (Comaroff, 2010). La holgura constitutiva de la Antropología se entiende aquí como una relación particular con la consistencia y la coherencia académica, y también en relación con nuestra capacidad de maniobrar las condiciones de posibilidad establecidas. También está relacionado con nuestra autocrítica reflexiva como comunidad ecuménica, constantemente cuestionando el alcance de la experiencia antropológica y la utilidad de nuestras afirmaciones (Martínez, 2020). Como resultado, tendemos a exceder lo que se puede hacer o tratar en nuestra práctica, y que así sea por muchos años. Tampoco podemos ignorar cómo las nuevas políticas de austeridad y crisis han afectado a las condiciones laborales de nuestra disciplina. Como observa Mariya Ivancheva (2015), cada vez más el trabajo académico tiende a ser hecho por investigadores y profesores precarios, es decir, académicos híper-móviles, empobrecidos, y presionados por publicar y hacerse internacionalmente visibles.

Los cambios en el campo de la práctica y en la institución que la disciplina ha venido experimentando en las últimas décadas se han acelerado (Martínez, 2016); tanto en relación a las metodologías empleadas, como a los temas que se abordan, los elementos distintivos que quedan, las condiciones laborales de los practicantes, y la cristalización de nuevos tipos de ubicación y redes de colaboración (Di Puppò, 2016; Jiménez, 2016). Además, estas transformaciones apuntan a un cambio en la relación entre la etnografía y lo que se considera un modo antropológico de investigación, y autoridad disciplinaria, estableciendo una forma más dialógica de producción y aplicación del conocimiento (Holmes y Marcus, 2005; Estalella y Sánchez Criado, 2018).

Investigar y habita los márgenes puede tener ciertas ventajas, por ejemplo, más espontaneidad y una perspectiva más original o inesperada. De acuerdo con Costica Bradatan (2015), en el centro sólo tienen un conocimiento cartográfico de los márgenes, mientras que en el margen se entiende el centro. Por otra parte, las transformaciones postsocialistas han traído nuevas relaciones de centro y periferia, basadas en factores históricos y culturales,

pero también en cómo se negocian las nuevas redes globales en el margen. Como dice Bourdieu, ninguna situación es totalmente reducible a fuerzas estructurales o disposiciones individuales. Mi conclusión es que estar en el centro o en la periferia es circunstancial, algo que debemos tener en cuenta en nuestro trabajo de campo, pero como factor contingente. Al final, todos estamos posicionados dentro de estructuras de poder y economías del conocimiento concretas y localizadas (Martínez, 2019b).

¿Pero qué significa e implica estar en la periferia? ¿Y es Tallin realmente marginal o un «centro más allá» como diría Victor Turner (1973) en su estudio de las peregrinaciones religiosas? Los márgenes son normalmente más inestables y precarios, además de dependientes del centro (Wallerstein, 1974). Además, el mismo carácter anti-estructural de la periferia lo que participa en la creación de un sentido de canon y centro (Turner, 1969). A los que trabajamos allí se nos exige una justificación cada vez que queremos comunicar con el centro. En mi caso, he tenido que explicar constantemente por qué me mudé a Estonia, repitiendo que originalmente no vine por cuestiones de amor, sino por vivir en la sociedad que estudiaba. Sin embargo, cuando la movilidad sigue la otra dirección, es decir Este-Occidente nadie me hubiera pedido explicaciones o se hubiera extrañado.

3. ELIGE TU PROPIA PERIFERIA

Las periferias tienden a compararse con el centro como referencia normativa. En el caso de Europa, dicha relación de dependencia cognitiva se ha estudiado en relación a Europa del Este (Klekot, 2007) y del sur (Sánchez Criado 2020). Pero en la periferia también se permite una desviación creativa y experimental de la línea recta normativa, y eso amplía el margen de maniobra e iniciativa. Es en este sentido que una periferia puede ser también un espacio epistemológico propio, e incluso de creatividad y producción, situado al margen de los paradigmas dominantes, proporcionando un terreno para experimentar y para la auto-iniciativa, aprovechando las oportunidades que aparecen sobre la marcha. Como las periferias no están completamente definidas y territorializadas, muestran suficiente apertura para imaginar y practicar antropologías de intersticio, para pensar-hacer, más orientadas al cambio y epistemológicamente eclécticas (Brković, 2018). Esta calidad nos permite trabajar sin manual o colaborar con compañeros de viaje inesperados, como han señalado Adolfo Estalella y Tomás Sánchez Criado en un artículo reciente sobre intravenciones creativas en Madrid y Barcelona (2019).

Diferentes antropólogos han notado cómo las condiciones bajo las cuales se producen y teorizan las etnografías están cambiando, sobre la base, por ejemplo, de la multiplicación de la información disponible, infraestructuras transnacionales de financiación, nuevas formas de colaboración en el proceso de investigación, y también, complejas formas de apego a los lugares y una multilocalidad creciente del trabajo de campo (Holmes y Marcus, 2005; Biagioli, 2009; Ferguson, 2012; Collier, 2013; Estalella y Sánchez Criado, 2019a). Una de las consecuencias es la combinación experimental de conocimientos que antes se consideraban como disímiles en la academia, lo cuál señala que las fuentes de los cambios disciplinarios ya no provienen de la antropología, o no solo.

Asimismo, estos cambios también afectan las relaciones de la antropología con otras disciplinas, y la forma en que somos comparativos y colaborativos, lo que lleva a una recalibración centrífuga de nuestra disciplina. Podemos observar, por ejemplo, cómo muchas discusiones interesantes en la antropología contemporánea no han aparecido dentro de la academia, y en algunos casos, e incluso más allá de lo considerado tradicionalmente como nuestra disciplina (Marcus et al. 2008). Los bordes actuales de la Antropología están siendo establecidos por los que hasta hace poco eran considerados apenas como informantes, ahora convertidos en socios epistemológicos, en el sentido de participar en nuestro trabajo como importantes productores de conocimiento analítico y no sólo empírico (para-etnógrafos, à la Holmes y Marcus 2005). Esto está produciendo la difuminación de las diferentes tradiciones antropológicas clásicas en una variante híbrida (Martínez, D. O., 2016), y asimismo reacciones defensivas de compañeros más conservadores, que las consideran ‘medias antropologías’ (Abu-Lughod, 1991), y se preguntan con ansiedad: «¿Qué nos queda? ¿Cuál es nuestra contribución? ¿Cuál es nuestra experiencia?» (Gullestad, 2010: 915).

Con Lili Di Puppo y Martin D. Frederiksen, acabo de coordinar el libro *Peripheral Methodologies: Unlearning, Not-knowing and Ethnographic Limits* (2021). En este proyecto nos acercamos a lo periférico no sólo como una ubicación geopolítica, sino también como una forma de conocimiento –previamente no conquistado o pensado como no cognoscible–. Nuestro proyecto es una etnografía sobre los tipos de conocimiento que cuentan como no contables, que no se transforman fácilmente en datos e información, o que simplemente pertenecen al ámbito de lo no medible. En este sentido, abordamos lo periférico no como un tema representativo, sino epistemológico y metodológico que amplía las posibilidades de relacionarnos con lo desconocido.

Dentro de este marco interpretativo, lo inacabado y excéntrico no se ven como fallos que deben eliminarse mediante un trabajo de pulido, enderezo y re-centramiento, sino como una fuente valiosa de creatividad y evidencia en sí misma, y con capacidad para reorientar los límites de lo cognoscible. Incluso podemos hablar de acceder a una variedad de infra-conocimientos que se encuentran antes o bajo una línea disciplinar, a las puertas de la investigación científica. Partiendo de experiencias metodológicas descentradas, proponemos una gramática que permita poner en palabras los aspectos incontrastados, esquivos y opacos del campo, dejando que la periferia se abra paso en su problematización original.

Somos conscientes del riesgo y connotaciones negativas que este término implica, poniendo en primer plano, a primera vista, conocimientos que han sido previamente marginados, excluidos o reprimidos. En este sentido, nos acercamos a la periferia como una zona de incertidumbre donde los códigos metodológicos tradicionales no orientan nuestra acción. Así mismo, no discutimos si el centro depende de la periferia o vice-versa. En cambio, invitamos a aprender a prestar atención a las cosas de manera lateral, accediendo a un espacio y tiempo de infra-conocimiento. Por lo tanto, ponemos énfasis en reconfigurar los presupuestos epistemológicos de la Antropología para incluir lo excéntrico, lo invisible y lo vago, estudiando cómo contribuyen a constituir diferentes formas de ser en el mundo. En este sentido, mostramos que la materia de lo incognoscible es también un objeto etnográfico de investigación, y que lo periférico no es donde estamos, sino cómo estamos donde sea que nos hallemos.

4. CONCLUSIÓN

Este artículo propone acercarse a la práctica periférica de la Antropología como una experiencia que ocurre en el límite del conocimiento. De forma autoetnográfica, y en base a mi experiencia en Estonia, estudiando y trabajando en la Universidad de Tallin, he reconsiderado las formas en las que mi trayectoria profesional ha estado condicionada por: 1. Investigar un campo de estudio que se considera marginal en el país donde vivo; 2. Una comunidad que también se considera periférica dentro del sistema geopolítico, económico y académico global; 3. Y una práctica de investigación que requiere establecer relaciones en el campo más allá de las fronteras disciplinarias tradicionales, como por ejemplo encontrar alianzas de colaboración con personas que no tienen experiencia en Antropología.

Mi intención, sin embargo, no ha sido la de articular un discurso victimista, o que se limite a quejarse de la necesidad de hablar inglés. Al contrario, estas reflexiones son un ejercicio para posicionarme y contextualizar mi trabajo. En este sentido, la discusión refleja también mis inseguridades y contradicciones como investigador en una posición periférica, o doblemente marginal –tanto en términos geográficos como institucionales–. No obstante, Estonia se puede considerar como una periferia global de producción de conocimiento, en lugar de simplemente europea. Además, las prácticas generadoras de conocimiento en estos lugares pueden ser centrales también, tanto porque pueden funcionar como centros regionales como por la capacidad potencial de los investigadores locales de producir teoría desde la periferia (Comaroff y Comaroff, 2011; Simone, 2010). También podríamos pensar en términos de semiperiferia, que –como describe Marina Blagojević (2009) en su análisis de las cuestiones de género en la ex Yugoslavia– es un espacio ambiguo, posicionado entre el centro y la periferia, que funciona como un híbrido social (al contener características de ambos). Esto lleva a tres conclusiones más: La negativa es que la precariedad y vulnerabilidad de las periferias (en cuanto a las condiciones de posibilidad) parecen haber llegado a lugares que tradicionalmente se consideraban centrales. Las positivas son que la Antropología se renueva constantemente desde los márgenes, de manera centrífuga. Y también, que el uso de la condición periférica depende en gran medida de los antecedentes, intereses y aptitudes del investigador.

Parafraseando al músico Nacho Vegas, quien decía ser del género bobo, igual me convendría asumir mi género periférico. Tal vez mi propio carácter y mi tipo de trabajo encajen mejor en periferias, ambiguas, oblicuas, en la zona sucia de la carretera académica. Hay placeres y potencialidades en no querer ocupar el centro: hay más libertad, hay entusiasmo, también vulnerabilidad y reacciones defensivas, y sobre todo mucho aprendizaje. La Antropología en, con y a través de lo periférico es una práctica aventurera, para la cual algunas personas están más preparadas que otras. Estar al margen es una condición circunstancial que requiere *músculos* especiales, como la apertura a riesgo y capacidad de establecer colaboraciones con compañeros inesperados, además de saber resistir y adaptarse a múltiples cambios rápidos y rupturas. El encuentro con (y la permanencia del etnógrafo en) lo periférico se ubica tanto en nuestros métodos y nociones de validez epistémica como en el lugar donde se realiza la antropología. La periferia se transforma así en

un espacio-problema en sí mismo, aquí tomado como terreno fértil para experimentar, intervenir y hacer cosas que no son posibles en otros lugares. En este sentido, las periferias son lugares de experimentación y búsqueda de caminos, una orientación metodológica por la que se puede avanzar, a pesar de la lejanía normativa.

BIBLIOGRAFÍA

- Abu-Lughod, L. (1991). Writing against culture. En R. Fox (coord.) *Recapturing Anthropology*, 137-162. Santa Fe: School of American Research Press.
- Blagojević, M. (2009). *Knowledge Production at the Semi-Periphery: A Gender Perspective*, Beograd: SZR Zuhra Simić.
- Biagioli, M. (2009). Postdisciplinary Liaisons: Science Studies and the Humanities. *Critical Inquiry*, 35, 4, 816-833.
- Bošković, A. (coord.) (2008). *Other People's Anthropologies: Ethnographic Practice on the Margins*. Oxford, Berghahn.
- Bourdieu, P. (1988). *Homo Academicus*. London: Polity.
- Bradatan, C. (2015) In defense of margins. *Los Angeles Review of Books*, 9th May.
- Brković, Č. (2018) Epistemological eclecticism: Difference and the 'Other' in the Balkans and beyond. *Anthropological Theory*, 18, 1, 106-128.
- Buchowski, M. (2004). Hierarchies of knowledge in Central-Eastern European Anthropology. *Anthropology of East Europe Review*, 22, 2, 5-14.
- Buchowski, M. (2005). Correspondence: Reply to Chris Hann. *Anthropology of East Europe Review*, 23, 1, 198-200.
- Buden, B. (2009). *Zone des Übergangs: vom Ende der Postkommunismus*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Červinkova, H. (2005). Anthropology and the Politics of Learning. En P. Skalnik (coord.) *Anthropology of Europe: Teaching and Research*. 27-36. Prague: Set Out.
- Červinková, H. (2012). Postcolonialism, Postsocialism and the Anthropology of East-Central Europe. *Journal of Postcolonial Writing*, 48, 2, 155-163.
- Collier, S. J. (2013). Fieldwork as technique for generating what kind of surprise? Thoughts on Post-Soviet Social in light of "Fieldwork/Research". *Talk at the University of California, Irvine*.
- Comaroff, J. (2010). The End of Anthropology, Again: On the Future of an In/discipline. *American Anthropologist*, 112, 4, 524-538.

- Comaroff, J. & Comaroff, J. (2012). Theory from the south: Or, how Euro-America is evolving toward Africa. *Anthropological Forum*, 22, 2, 113-131.
- Di Puppò, L. (2016). Reflecting on knowledge production in contemporary academia, Rethinking Euro-anthropology: part three. *Social Anthropology*, 24, 3, 366-67.
- DiGiacomo, S. M. (1997) The new internal colonialism. *Critique of Anthropology*, 17, 1, 91-97.
- Estalella, A. & Sánchez Criado, T. (coord.) (2018). *Experimental Collaborations: Ethnography through Fieldwork Devices*. Oxford: Berghahn.
- Estalella, A. & Sánchez Criado, T. (2019). DIY anthropology: Disciplinary knowledge in crisis. En F. Martínez (coord.), *Changing Margins and Relations within European Anthropology*. ANUAC. *Journal of the Italian Association of Cultural Anthropology*, 8, 2, 143-165.
- Ferguson, J. (2012). Novelty and Method: Reflections on Global Fieldwork. En S. Coleman & P. von Hellermann (coord.), *Multi-Sited Ethnography*, 194-207. New York: Routledge.
- Gullestad, M. (2010). Scholarly authority: Reflections based on anthropological. Studies in Norway. *Current Anthropology*, 47, 6, 915-931.
- Gupta, A. & Ferguson, J. (1998). Discipline and practice: 'The field' as site, method, and location in anthropology. En A. Gupta & M. Ferguson (coords.), *Anthropological Locations*, 1-46. Berkeley: University of California Press.
- Gieryn, T. F. (1983). Boundary-Work and the Demarcation of Science from Non-Science: Strains and Interests in Professional Ideologies of Scientists. *American Sociological Review*, 48, 6, 781-95.
- Hann, Chris (2005). Correspondence: Reply to Micha? Buchowski. *Anthropology of East Europe Review* 23, 1, 194-197.
- Hann, C. (2012). Faltering dialogue? For a doubly rooted cosmopolitan anthropology. *Focaal*, 63, 39-50.
- Holmes, D. R. & Marcus, G. E. (2005). Cultures of Expertise and the Management of Globalization: Toward the Re-functioning of Ethnography. En S. Collier & A. Ong (coords.), *Global Assemblages*, 235-251. London: Routledge.
- Hörschelmann, K. & Stenning, A. (2008). Ethnographies of postsocialist change. *Progress in Human Geography*, 32, 3, 339-61.
- Ivancheva, M. (2015). The age of precarity and the new challenges to the academic profession. *Studia Universitatis*, 40, 1, 39-47.

- Jackson, M. (2005). *Existential Anthropology*. Oxford: Berghahn.
- Jiménez Sedano, L. (2016). Trapped in the rat race: slow science as a way of resistance for European Anthropology. Rethinking Euro-anthropology: part three. Early career scholars forum. *Social Anthropology*, 24, 3, 362-263.
- Klekot, E. (2007). Observations of a Post-East European Member: European Association of Social Anthropologists (EASA), 9th Biennial Conference, Bristol, 18-21 September 2006. *Anthropology Today*, 23, 2, 26.
- Kürti, L. & Skalník, P. (2013). Introduction: Postsocialist Europe and the Anthropological Perspective from Home. En Kürti, L. & Skalník, P. (coord.) *Postsocialist Europe and the Anthropological Perspective from Home*. London: Berghahn.
- Kuus, M. (2004). Europe's eastern expansion and the reinscription of otherness in East-Central Europe. *Progress in Human Geography*, 28, 4, 472-489.
- Mälksoo, M. (2006). From Existential Politics towards Normal Politics? The Baltic States in the Enlarged Europe. *Security Dialogue*, 37, 3, 275-97.
- Marcus, G., Rabinow, P., Faubion, J. & Rees, T. (2008). *Designs for an Anthropology of the Contemporary*. Durham: Duke University Press.
- Martínez, D. O. (2016). EASA and Euro-Anthropology: An Ethnographic Approach. *Rethinking Euro-anthropology: part three. Social Anthropology*, 24, 3, 368-369.
- Martínez, F. (coord.) (2016). Rethinking Euro-anthropology: part three. *Social Anthropology*, 24, 3, 353-379.
- Martínez, F. (2018). *Remains of the Soviet Past in Estonia*. London: UCL Press.
- Martínez, F. (2019a). Introduction: Disciplinary Cartographies and Connectors. En F. Martínez (coord.) *Changing Margins and Relations within European Anthropology. ANUAC. Journal of the Italian Association of Cultural Anthropology*, 8, 2, 125-142.
- Martínez, F. (2019b). An expert in peripheries. Working at, with and through the Margins of European anthropology. *ANUAC. Journal of the Italian Association of Cultural Anthropology*, 8, 2, 167-188.
- Martínez, F. (2020). Introduction. On the Usefulness of Boundary Re-work. *Anthropological Journal of European Cultures*, 29, 2, 1-10.
- Martínez, F., Di Puppò, L. & D. Frederiksen, M. D. (coords.) (2021). *Peripheral Methodologies: Unlearning, Not-knowing and Ethnographic Limits*. London: Routledge.
- Okely, J. (1996). *Own or Other Culture*. London: Routledge.

- Pobłocki, K. (2009). Whither anthropology without the nation-state? Interdisciplinarity, world anthropologies and commoditization of knowledge. *Critique of Anthropology*, 29, 2, 225-252.
- Said, E. (1978). *Orientalism*. New York: Pantheon.
- Sánchez Criado, T. (2020). Conclusion: Repair as repopulating the devastated desert of our political and social imaginations'. En F. Martínez (coord.), *Politics of Recuperation*, 207-220. London: Bloomsbury.
- Sarró, R. & Pedroso de Lima, A. (2006). Já dizia Malinowski: sobre as condições da possibilidade da produção etnográfica. En A. Pedroso de Lima y R. Sarró (coord.) *Terrenos Metropolitanos: Ensaíos sobre Produção Etnográfica*, 17-34. Lisboa: ICS.
- Schriewer, K. (2020). Land Reclamations. Boundary Work as Production of Disciplinary Uniqueness, *Anthropological Journal of European Cultures*, 29, 2, 108-113.
- Simmel, G. (1997). *Simmel on Culture*. London: Sage.
- Simone, A. (2010). *City Life from Jakarta to Dakar*. New York: Routledge.
- Strathern, M. (coord.) (2000). *Audit Cultures: Anthropological Studies in Accountability, Ethics and the Academy*. New York: Taylor & Francis.
- Tulbure, N. (2009). Introduction to special issue: Global socialisms and post-socialisms. *Anthropology of East Europe Review*, 27, (2), 1-18.
- Turner, V. (1969). *The Ritual Process: Structure and Anti-Structure*. Chicago: Aldine.
- Turner, V. (1973). The center out there: Pilgrims' goal, *History of Religions*, 12, 3, 191-230.
- Verdery, K. (2007). 'Franglus' anthropology and East European ethnography: The prospects for synthesis. En C. M. Hann (coord.), *Anthropology's Multiple Temporalities and its Future in Central and Eastern Europe: A debate*. Max Planck Working Papers, 90, 48-51.
- Wallerstein, I. (1974). *The Modern World System I: Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century*. New York: Academic Press.